



LA NATIVIDAD
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

espíritu del mundo. Es prudencia desconfiar de sí en todo; el pretexto de piedad, de caridad, de obra de misericordia fué no pocas veces fatal escollo en que dió al través la mas austera virtud.

2. Aquella temporada de retiro á la casa de campo para gozar del buen tiempo es muy ocasionada, y favorece mucho al tentador; por lo que es menester hacer provision de grandes precauciones. No está exenta de tentaciones la soledad, ni aun el desierto. Imita á aquellas grandes almas, que todas las horas renuevan su vigilancia con algun acto interior, ó tambien con alguna breve oracion vocal. Sobre todo, guárdate mucho de ciertos esparcimientos de corazón; porque nunca es mas de temer la tentacion que en las alegrías excesivas.

DIA OCTAVO.

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Hoy es el dia del nacimiento de la santísima Virgen, canta la Iglesia: *Nativitas est hodiè sanctæ Mariæ virginis*. Celebremos este dichoso dia con toda la solemnidad posible: *Nativitatem hodiernam solemniter celebremus*: celebrémosle con la mayor alegría, *cum jucunditate*. Tu nacimiento, ó Virgen madre de Dios, llenó de alegría á todo el universo: *Nativitas tua, Dei genitrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo*. Hízonos el cielo en este dia un magnífico presente, un presente de inestimable valor, dice san Bernardo: *Pretiosum hodiè munus cælum nobis largitum est*. Este fué propiamente el dia en el cual se comenzaron á disipar las espesas tinieblas en que por mas de cinco mil años yacia el mundo sepultado, rayando la

primera luz en el nacimiento de aquella brillante aurora, esperada por tantos siglos, y objeto tan largo tiempo de las ansias y de los deseos de tantos patriarcas y profetas. Celebremos todos el nacimiento de la Madre de Dios, dice san Juan Damasceno, por la cual fué como reintegrado todo el género humano, siendo ella la que convirtió en alegría la tristeza que nos causó nuestra primera madre Eva. *Dei Genitricis natalem complectamur, per quam mortalium genus reintegratum est; per quam primogenie matris Evee mœror in lætitiã mutatus est* (1). Así como la aurora es el fin de la noche, dice el abad Ruperto, de la misma manera este nacimiento fué el fin de nuestros males, y el principio de nuestra dicha y de nuestro consuelo (2): *Sicut aurora finis præteritæ noctis est, sic natiuitas Virginis finis dolorum, et consolationum fuit initium.* ¿Dónde hay alegría mas pura, mas santa ni mas llena que la que causa este dichoso día à toda la Iglesia por el nacimiento de aquella que habian anunciado los oráculos de los profetas, como dice san Jerónimo (3): *Vaticinium prophetarum*; nacimiento que fué como prenda de las promesas de Dios en frase de san Juan Damasceno: *Pignus promissionis*; y como seguridad del futuro nacimiento de todo un Dios: *Genitale votum nascituri Dei?*

Parece, añade el mismo santo, que desde la creacion del mundo andaban en competencia los siglos sobre cuál de ellos habia de tener la gloria de honrarse con el nacimiento de la santísima Virgen: *Certabant sæcula quodnam ortu Virginis gloriaretur.* Llegó, en fin, aquel dichoso tiempo determinado desde la eternidad en los secretos de la divina Providencia, aquel tiempo tan esperado y tan suspirado despues de tantos siglos. El año cinco mil ciento ochenta y tres de la creacion del mundo; el año de dos mil novecientos

(1) Serm. de Natal. B. V. — (2) Lib. 6, in Cant. — (3) In Mich. 6.

cuarenta y uno del diluvio universal; y el año de mil novecientos noventa y nueve del nacimiento de Abraham; y el año de mil cuatrocientos noventa y cuatro de la salida de Moisés y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto; y el año mil diez y seis despues que David fué ungido y consagrado por rey; hacía la semana sesenta y cinco, segun la profecia de Daniel, y en la olimpiada ciento y noventa; el año setecientos treinta y tres de la fundacion de Roma, y veinte y seis del imperio de Octaviano Augusto; en la sexta edad del mundo, aquella bienaventurada Niña, predestinada por los decretos eternos para ser madre del Verbo encarnado, habiendo sido concebida sin pecado por singular privilegio, à los nueve meses de su immaculada concepcion nació en Nazareth, ciudad de Galilea, à treinta leguas de Jerusalem, el día ocho de setiembre.

Hasta entonces no habia visto el mundo nacimiento mas recomendable, así por la nobleza de la sangre y circunstancias de sus padres, como por la santidad y por el mérito de aquella tierna niña que nacia para consuelo de todo el universo, y para admiracion de toda la corte celestial. Su padre san Joaquin era de sangre real, hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan. Esta rama de la familia real era originaria de Judea; pero habiendo decaido de su antiguo esplendor y sumidose en mucha pobreza de bienes de fortuna por singular disposicion de la divina Providencia, que queria fuesen los parientes mas cercanos del Salvador de la misma condicion que él, se habia como desnaturalizado de su propio pais, y arraigando su casa en Nazareth, estaba reputada por familia de Galilea. Su madre santa Ana era hija de Mathan, sacerdote de Belen, de la tribu de Levi, y de la familia de Aaron, de manera que en la persona de su hija María se hallaban dichosamente unidas la sangre real y la familia sacerdotal, de la cual era

Aaron entre los judíos. No hubo dos esposos, dice san Juan Damasceno, mas nacidos el uno para el otro; la misma índole, las mismas inclinaciones y el mismo parecer en todo; acreditando así que era obra de Dios aquel dichoso matrimonio. Siendo Dios el único objeto de sus deseos, y dirigiéndose todos sus afectuosos suspiros á la venida del prometido Mesías, vivian casi siempre en dulce y sosegado retiro, pasando en oracion todo el tiempo que les quedaba libre. Eran, dice santa Brígida, dos astros resplandecientes, que, aunque encubiertos con las nubes de una vida oscura y abatida, no dejaban de deslumbrar con su claridad á los mismos ángeles, y á todo el cielo enamoraba su piedad y su pureza.

Hacia años que san Joaquin y santa Ana vivian con aquella paz, con aquella union, y entregados á aquellos devotos ejercicios que tanto edificaban á todos, cuando quiso el Señor que saliese aquel misterioso retoño de la vara de Jesé, de que habla el profeta Isaias; que amaneciese aquella aurora tan deseada, que habia de preceder por breve tiempo al divino sol, el suspirado Mesías. Es opinion comun que ya san Joaquin y santa Ana iban declinando á la vejez sin haber tenido sucesion, y sin esperanzas de tenerla; de suerte que aquella esterilidad considerada entonces como maldicion de Dios, y reputada por la mas ignominiosa desgracia que podia suceder á una familia, quitándole toda esperanza de tener alguna afinidad con el Mesías prometido, humillaba mucho tiempo habia á los dos santos esposos; y como por una parte su avanzada edad, y por otra su modo de vivir en perfecta continencia, segun afirma santa Brígida, los tenia destituidos de toda esperanza de sucesion, se contentaban con derramar su corazon en la presencia de Dios, pidiéndole solamente aquello que fuese de su mayor gloria. Créese generalmente que

reveló el Señor á los dos santos esposos que tendrian una hija, la cual habia de ser bendita entre todas las mujeres, y Dios se habia de valer de ella para la salvacion del pueblo de Israel; pero sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron á la santísima Virgen, la cual nació milagrosamente, dice san Juan Damasceno, de una madre estéril; y librando á sus padres de la ignominia de la esterilidad, los trasformó en las dos personas mas dichosas y mas respetables de la tierra (1). *Quid autem est, pregunta este santo, cur Virgo mater ex sterili orta sit?* Pero ¿por qué razon fué conveniente que naciese de madre estéril esta Virgen madre? Porque lo era, responde el mismo, que una cosa tan nueva y nunca vista debajo del sol viniese tambien por un camino extraordinario, y que naciese milagrosamente la que ella misma era el mayor milagro: *Quoniam scilicet oportebat, ut ad id quod solum novum sub sole erat, ac miraculorum omnium caput, via per miracula sterneretur.* Era muy puesto en razon que la naturaleza cediese á la gracia, no siendo aquella capaz de tanta gloria. *Natura gratiæ cedit, ac tremula stat, progredi non sustinens. Quoniam itaque futurum erat ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur, natura gratiæ solum anteire minimè causa est: verùm tantisper expectavit, dum gratia fructum suum produxisset.* Habiendo de nacer de santa Ana la Virgen madre de Dios, no se atrevió la naturaleza á concurrir, digámoslo así, por respeto á lo que habia de ser obra de la gracia; detúvose en cierta manera como para dar lugar á que la gracia produjese el fruto que le pertenecia.

Fácilmente se deja comprender el gozo de aquel afortunado padre y de aquella dichosa madre en el momento que nació aquella bienaventurada hija. Alumbrados con cierta luz sobrenatural, desde luego

(1) Serm. 1, de Nativ.

conocieron que Dios la había criado únicamente para sí, y que ellos no eran mas que depositarios de aquel tesoro. El milagroso nacimiento de aquella niña fué para ellos presagio cierto de su mérito y de su excelencia. ¡O dichosos padres, exclama san Juan Damasceno, que disteis á luz una virgen que será madre de Dios sin dejar de ser hija vuestra: *Virginem enim Dei matrem mundo peperistis!* ¡Dichoso el vientre, ó Virgen santa, que te llevó, y dichosos los pechos que mamaste! Dense priesa todos los fieles, exclama el devoto Sergio de Hierápolis (1), por venir á saludar á la que acaba de nacer, porque antes de su nacimiento estaba predestinada para ser madre de Dios, y con ella renace y se renueva el mismo mundo. Venid, pueblos; venid, naciones, de cualquiera clima que seais; venid todos, de cualquiera edad y de cualquiera condicion que fuéreis, venid á celebrar el nacimiento de esta Virgen, con la cual, por decirlo así, nació nuestra salvacion (2): *Hodiè mundi salus inchoavit: jubilate Deo omnis terra; cantate, et exultate et psallite.* Así exclama san Juan Damasceno. ¿Cuándo hubo motivo mas justo de regocijo? ¿en qué otro dia hemos de mostrar mas nuestro alborozo, puesto que en el nacimiento de la santísima Virgen, como dice san Ildefonso, comenzó en cierta manera el nacimiento de Jesucristo (3)? *In nativitate Virginis, felix Christi est inchoata nativitas.* Hasta aqui solo había mirado Dios la tierra como region de llanto, destinada para habitacion de miserables delincuentes; pero desde el mismo instante en que María se deja ver en el mundo, ya hay en él un objeto en que se complace mucho el mismo Dios, y ya no le puede mirar con ojos airados.

Algunos dias despues que santa Ana se levantó del

(1) Lib. 4, de Deipara. — (2) Orat. 1, de Nativ. — (3) Serm. 3, de Nativ.

parto, fué llevada al templo la santa Niña, donde precediendo las oraciones acostumbradas, se le impuso el nombre de María, asegurando san Ambrosio, san Bernardo y otros muchos santos padres, que este nombre le fué dado por el mismo cielo, revelándole el Señor á santa Ana y á san Joaquin como el mas propio para explicar la grandeza, la dignidad y la excelencia de aquella bendita Niña: *Dignitas Virginis annuntiat ex nomine*, dice el Crisólogo.

Atórméntanse los ingenios, agótanse todos los artificios, todos los esfuerzos de la elocuencia para componer un genetliaco, ó un panegirico magnífico y pomposo para celebrar el nacimiento de algun príncipe. Con efecto, ¿qué se puede decir de un niño que acaba de nacer? ¿ensalzar su nobleza? Esto no es elogiarle á él, sino á sus abuelos y ascendientes. No hay asunto mas estéril ni mas pobre que su persona en aquellos primeros dias. Por lo que toca á lo de adelante, todo lo que se puede asegurar con la mayor certeza es, que se verá sujeto á mil trabajos y miserias; pero se ignora si será bueno ó malo, discreto ó tonto; en una palabra, hasta ahora nada ha hecho, y se ignora lo que hará. No así en María: aunque acaba de nacer, es cierto que ya ha hecho mucho, y no podemos ignorar que ha de hacer aun mucho mas. Entra María en el mundo colmada de merecimientos, y sabemos que ha de colmar al mundo de felicidades y dichas.

No hay duda que el alma de la Virgen fué la mas hermosa alma que Dios crió antes que fuese criada el alma de Jesucristo; pudiendose decir que esta fué la mas excelente obra que salió de las manos del Criador: *Opus quod solus opifex supergreditur*, dice san Pedro Damiano. A la hermosura de aquella bella alma correspondía la del cuerpo. Sabese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fué unida á

aquel hermosísimo cuerpo, fué tambien santificada, y el cuerpo concurrió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo Maria concebida sin pecado en el primer instante, recibió con la gracia el perfecto uso de la razon, y desde entonces fué ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduria, y enriquecido con la cabal comprension de todas las verdades morales. Pero ¿cuál fué la medida de aquella gracia que recibió, y cuál el primer empleo de aquella razon tan divinamente ilustrada? Fué tan abundante aquella gracia, dice san Vicente Ferrer, que excedió á la de todos los santos y á la de todos los espíritus celestiales. *Virgo sanctificata fuit in utero super omnes sanctos, et omnes angelos.* En aquel primer instante en que todos los hombres son objeto de horror á los ojos de Dios, Maria lo fué de admiracion á las celestiales inteligencias, y de complacencia á los cariños del mismo Dios.

Esta fué la santísima Virgen desde el primer instante de su inmaculada concepcion; y habiéndose multiplicado en todos los instantes aquel inmenso caudal de gracias, de luces, de sabiduria y de virtudes, concibamos, si fuere posible, cuál seria el tesoro de merecimientos con que se hallaria enriquecida el dia de su nacimiento. ¿Pues qué asunto mas digno de nuestras admiraciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios, y añadamos tambien, del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta santa Niña? Ya no nos debe causar admiracion que el ángel quince años despues la saludó como llena de gracia; ni que los santos padres, hablando de la gracia con que se halló en el último momento de su vida, es decir, sesenta y dos años y nueve meses despues de su concepcion, se valgan de expresiones tan fuertes y tan significativas. Tuvo mucha razon san Epifanio para decir que fué inmensa aquella gracia;

san Agustin que fué inefable, y Dionisio Cartusiano que fué como infinita: *Mariæ sanctitas est infinita.* San Juan Crisóstomo llama á Maria el tesoro de toda la gracia. San Jerónimo dice que toda se derramó en ella; y san Bernardino de Sena se adelanta á asegurar que recibió toda la que es capaz de recibir una pura criatura: *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni, et puræ creaturæ dari possibile est.*

Y á la verdad, si los pueblos acostumbran hacer tantos regocijos cuando nacen hijos á sus soberanos y á sus principes, porque tambien á ellos les nacen reyes y monarcas que los gobiernen y los manden, ¿qué mucho es que el nacimiento de Maria llenase de regocijo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues en ella nació la Reina de los ángeles y de los hombres; nuestra única esperanza despues de Jesucristo, dice san Epifanio; nuestra fiadora con Dios, dice san Agustin; nuestra medianera con el Mediador, dice san Bernardo; el remedio de todos los males, dice san Buenaventura; nuestra paz, nuestra alegría, nuestra buena madre, dice san Efren; y en fin, nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra vida, como canta toda la Iglesia?

Descendió Maria de reyes y de patriarcas; pero lo que la engrandece mas á los ojos de Dios no es el esplendor de su dignidad, no su grandeza, no su poder, no el ruido de sus gloriosas hazañas; su santidad fué la que la hizo tan recomendable en su concepcion, y esta sola es la que constituye toda su dicha y toda su gloria en su alegre nacimiento. Nace, no rodeada de esplendor como los grandes del mundo; no entre el fausto, la pompa, la majestad como los reyes de la tierra: sin ese aparato, sin ese esplendor mundano es su nacimiento, aunque al parecer tan oscuro, con grandes ventajas, preferible al nacimiento de todos los grandes y de todos los mo-

narcas del mundo. Todos ellos fueron concebidos en pecado; todos nacieron en desgracia de Dios, hijos de ira y objetos de odio: sola María nace ya objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Esta es la verdadera grandeza, y así honra el rey de la gloria á la que quiere honrar.

Creced, santa Niña, creced así para mayor gloria del mismo Dios que os crió, como para mayor dicha de aquellos en cuyo favor y beneficio habeis nacido. Algun dia daréis vos su nacimiento al mismo Dios, de quien ahora le recibis. Creced, pues, para disponerle su digno tabernáculo. Cuando se encierre en vuestro purísimo seno, os conferirá el mas augusto carácter, elevándoos á su divina maternidad. Vivid y creced para dignidad tan eminente, y para el mayor y mas glorioso destino. Por medio de vos quiere venir á nosotros para libertarnos de la esclavitud. Vivid y creced para nuestra salvacion, y para que, naciendo de vos nuestro Salvador, quedeis constituida madre de todos los creyentes.

Nos admiraríamos justamente de que una fiesta tan santa y que tanto nos interesa no se celebrase en la Iglesia desde sus primeros siglos, si no se supiese la razon que tuvieron aquellos primitivos fieles, sin duda mas devotos de María y mas zelosos de su culto que nosotros, para no dar motivo de creer á los gentiles y á las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatría, que los cristianos adoraban como diosa á la madre de su Dios. Este era el motivo que en aquellos nebulosos tiempos tenian los verdaderos fieles para no manifestar su zelo por el culto de la santísima Virgen en fiestas ruidosas y solemnes; contentándose con rendirle sus respetos reverentes con una tierna devocion y con un culto reservado.

Pero luego que gozó de paz la Iglesia del Señor, y pudieron los pastores instruir públicamente á su rebaño, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la santísima Virgen; celebráronse con pompa y solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de religion, no obstante el desgraciado cisma; y el nacimiento de la santísima Virgen fué una de las principales fiestas de los cristianos. *Ortum Virginis didici in Ecclesia*, dice san Bernardo, *et ab Ecclesia indubitanter haberi festivum atque sanctum; firmissimè cum Ecclesia sentiens, eam accepisse in utero ut sancta prodiret*. La Iglesia es la que me ha enseñado á celebrar la Natividad de la santísima Virgen con toda la devocion y con toda la solemnidad posible. Creo firmemente con toda la Iglesia que, habiendo sido santificada en el vientre de su madre, es objeto único de nuestro culto desde el primer instante que nació.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Natividad de la bienaventurada y siempre Virgen María, madre de Dios.

En Nicomedia, san Adriano, mártir, con otros veinte y tres, los cuales todos fueron martirizados el cuatro de marzo, despues de haberles roto las piernas. Sus reliquias, llevadas por los cristianos á Bizancio, fueron sepultadas con gran pompa. En lo sucesivo fué trasladado á Roma el cuerpo de san Adriano; pero su fiesta se celebra principalmente en este dia.

En Alejandria, san Amon, san Teófilo, san Neutero con otros veinte y dos mártires.

En Antioquia, san Timoteo y san Fausto, mártires.

En Gaza de Palestina, san Eusebio, san Nestato y

san Zenon, hermanos, mártires, quienes, en tiempo de Juliano apóstata, fueron desgarrados y muertos por una turba de paganos que se precipitaron sobre ellos.

En el mismo lugar, san Nestor, mártir, que bajo el mismo Juliano rindió el espíritu, siendo cruelmente atormentado por los mismos gentiles enfurecidos.

En Frisingen, san Corbiniano, primer obispo de dicha ciudad, que, habiendo sido ordenado por el papa Gregorio II, y enviado para predicar el Evangelio, hizo grandes conversiones en Francia y Alemania, muriendo por último en paz, ilustre por sus virtudes y milagros.

En Martres en la diócesis de Rieux en el Lenguadoc, san Veziario, martirizado por los arrianos.

En el Maine, san Bertevino, venerado como mártir en el lugar de su nombre, cerca de Laval.

Junto á Langres, santa Bellina, virgen, venerada como mártir en Maure, cerca de Troyes.

En Pebrac diócesis de Saint-Flour, san Pedro de Chavanon, fundador y primer preboste de los canónigos reglares de aquella abadía.

En Roma, el tránsito del santo papa Gelasio.

Allí mismo, el tránsito del bienaventurado papa Anastasio, segundo de este nombre.

En Etiopia, santa Panefisa, mártir.

En Castilla, san Gudilanes, arcediano de Toledo, amigo de san Julian de Toledo

La misa es del misterio, y la oracion la que sigue.

Famulis tuis, quæsumus, Domine, cœlestis gratiæ munus impertire; ut quibus beatæ Virginis partus extitit salutis exordium, Nativitatis ejus vo-

Suplicámoste, Señor, concedes á tus siervos el don de tu gracia celestial, para que así como el parto de la bienaventurada Virgen fué el principio

tiva solemnitas pacis tribuat incrementum. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

de su salvacion, así reciban tambien mucho aumento de bendiciones en la fiesta de la Natividad. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 8 del libro de los Proverbios.

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio. Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant, necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar; adhuc terram non fecerat, et flumina, et cardines orbis terræ. Quando præparabat cœlos, aderam: quando certa lege, et gyro vallabat abyssos: quando æthera firmabat sursum, et librabat fontes aquarum: quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terræ. Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum: et deliciæ meæ esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me,

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes habian sentado su pesada mole; antes que los collados estaba yo parida: todavia no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines; cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora,